

se hiciese de provisiones, y salió envuelta en su manto de aquella casa maldita.

Echóse á andar por la vía que hoy marca el panteon de Santa Paula y el convento de las Hermanas de la Caridad, pasó la plazuela de Villamil, hoy convertida en estacion del tren de México á Guadalupe, dió vuelta por el colegio de Minería y se detuvo frente á ese edificio en una casa magnífica para aquellos tiempos y hoy al derrumbarse; era la capilla de San Andres.

La casa estaba marcada con el número 7.

La bruja tiró de un cordel que iba á dar á una campana interior, telégrafo de cáñamo que movió el bronce, avisando á los dueños que álguien pretendía pasar los umbrales.

Trascurrieron diez minutos, el portero se levantó pausadamente, espío por la cerradura, y soltó la pregunta sacramental: *¿quién?*

—Yo, respondió la gitana.

El portero del número 7 se dió por satisfecho con aquella respuesta, sin mas ni mas que hoy en el dia. Yo, esta palabra mágica, es el *ábrete* del cuento árabe, como dice uno de nuestros escritores.

Quitó el portero la *tranca*, pues entónces no se usaban cadenas ni cerrojos ingleses, la Inglaterra no tomaba aún posiciones en nuestro suelo.

—¿A quién buscáis?

—Al señor don Blasco de Guevara.

—Está rezando el rosario.

—Lo esperaré.

—Está bien, voy á avisarle, vuestro nombre?

—No me conoce, es en vano que se lo digais.

—Le daré vuestras señas.

Como gustéis.

El portero comenzó á ascender la escalera volviendo la vista

## CAPÍTULO X.

### LA BRUJA EN CAMPAÑA.

#### I.

La gitana al reconocer á su bienhechor sintió el peso horrible de su desgracia y maldijo su estrella, puesto que al acercarse á aquella familia honrada siempre le habia causado males y desgracias instantáneamente.

Tomó al ciego por el brazo y lo condujo á una pequeña casuca de Tlaltelolco abandonada por sus dueños, que huyeron azorados creyendo que se albergaban en ella duendes y fantasmas.

El pobre nietecito siguió al abuelo hasta la nueva habitacion.

—Hemos llegado, dijo la gitana; estais seguro, enteramente seguro, yo voy á salvar á vuestra hija.

—Id, id, decia sollozando el negro, necesito á mi hija, yo os lo ruego en nombre del cielo!

La madre Paulina dió algunas monedas al negrito para que



á cada escalon para contemplar á la luz del reverbero la exigua figura de la vieja.

Acercóse la gitana á la portería buscando la conversacion de la mujer del portero.

—Estoy ansiosa, le dijo, de ver á su señoría don Blasco de Guevara; traigo un negocio tan importante que----

—Vamos, dijo la mujer, no andeis con secretos conmigo, ved que yo lo que no sé lo adivino.

—Hola! murmuró la gitana, tengo que habérmelas con una habladora.

—Conque abuelita, desembuche todo lo que sepa, que al fin yo estoy al tanto de lo que pasa y no pasa en el barrio.

—No es secreto, dijo la bruja, vengo á interesarme por una jóven.

—Ya, ya, eso no es nuevo, hace una hora----- pero cuidado con decir que yo os he revelado.

—Vamos, decid, que al fin yo soy la que os he comunicado todo.

—Y qué hermosa es la señorita, tiene una cara de angelito.

—Pues no se trata de la negra, pensó la vieja, aquí hay gato encerrado.

—Luego que la ví entrar, prosiguió la portera, me enterneció.

—Y que no la habeis tratado, dijo hipócritamente la bruja; un equívoco, en fin, un error ha hecho que la aprehendan.

—Es que mi amo don Blasco la trata con muchas consideraciones.

—Ya lo creo, que todo se lo merece la infeliz criatura.

—Don Blasco le ha destinado el mejor de los aposentos, la ha rodeado de toda su servidumbre, en fin, se porta, no hay que negarlo, como que es todo un caballero.

—No hay duda.

—Nos ha encargado el mas riguroso silencio, y si lo he dicho es porque vos os habeis anticipado.

—Efectivamente.

No necesitaba tanto la gitana para enterarse de la verdad de los hechos.

—Ah! camastron infernal, con que he trabajado para tí, murmuraba la vieja; no te regocijes con tu presa que yo te la arrebataré despues de arrancarte la órden que necesito.

Despues sacó una moneda y se la entregó á la portera.

—Oro! oro! exclamó la mujer deslumbrada por el metal.

—Sí, oro, oro, si prometeis servirme con fidelidad.

—Mandad, señora doña-----

—Paulina, para serviros.

—Gracias.

—Permitidme trazar cuatro renglones.

—Pasad.

La gitana entró violentamente, y puso con lápiz algunas palabras, dobló el papel y entregándolo á la mujer le dijo: haced que eso llegue á manos de esa jóven.

—Perded cuidado.

—Os daré el doble de esa friolera que os he regalado.

## II.

Al entrar don Blasco de Guevara al aposento de los negros, notó desde luego á la afligida jóven sentada en un rincon del aposento, prendóse instantáneamente de tanta belleza y se propuso desde luego escamotearle su presa á la Inquisicion.

Ya hemos visto á la infeliz Camila ir casi arrastrada por la patrulla, mientras Rosalía fuera del cuadro de la tropa marchaba con todos los honores al brazo de su señoría don Blasco de Guevara.

Llamó el señor al jefe de la ronda y le dijo: llevad á esa mujer al Santo Oficio; en cuanto á la señorita, no hay motivo de proceder contra ella, es inocente y víctima al mismo tiempo de una trama horrible; será puesta en el acto en libertad.



Alejóse la patrulla con la reo y don Blasco preguntó á la jóven donde deseaba que la llevase.

—Caballero, yo estoy recién venida de Valladolid y no tengo abrigo en esta ciudad, toda vez que esa familia queda disuelta.

Quedóse perplejo don Blasco, aquella jóven era nada ménos que la hija del portugues, de aquel hombre que estaba en relacion estrecha con las brujas.

—Y con qué fin habeis venido á la capital?

Rosalía guardó silencio un instante.

—Habládme con franqueza.

—Caballero, no sé mentir, vengo escapada por temor de la Inquisicion, que se ha apoderado de mi padre.

—Y quién os ha acompañado?

—Mi novio.

—Cómo se llama?

—Antonio Pedraja.

—A él, á él es á quien se busca precisamente.

La jóven sintió opreso su corazon.

—Y dónde está ese hombre?

—Lo ignoro, habia salido en busca de una habitacion para trasladarnos, cuando os presentásteis en la casa.

—Ya se le buscará.

—En nombre del cielo! no le hagais mal, ved que es inocente! El solo trata de casarse conmigo y regresar á Valladolid, donde le conoce toda la ciudad; es uno de los jóvenes mas apreciados del señor obispo.

—Ya eso se arreglará mas tarde.

—Yo lo espero todo de vuestra bondad.

—Bien, bien, por ahora os daré abrigo en mi casa, se os cuidará como en ninguna otra y---- veremos cuanto se puede hacer por vos y por vuestro padre.

—Gracias! exclamó la jóven al escuchar esa palabra que le

pareció de compasion y de esperanza; gracias! y Rosalía llevó á sus labios la mano nervuda del viejo.

Guevara se estremeció como un epiléptico.

Don Blasco y Rosalía llegaron á la casa á cuyo patio han penetrado ya nuestros lectores.

El viejo colocó á la jóven, como lo habia dicho la portera, en el mejor aposento, dispensándole todo género de atenciones.

Despues despidió á sus criados, diciéndoles que iba á rezar el rosario, y se entró en la estancia de su huésped.

—Señorita, le dijo procurando dar un tono halagüeño á su ronca voz: estoy interesado vivamente en vuestro porvenir, vuestras desgracias las reputo como mias y bajo ese concepto comprometeré mi existencia si es preciso en este empeño.

La jóven comenzaba á recelar de la conducta de aquel hombre.

Don Blasco se acercó mas Rosalía.

—Conque vuestro padre se llama Treviño? ese es un apellido portugues si no me engaño.

—Lo es efectivamente.

—Lo que son las desgracias, señorita! basta solo el nombre de Portugal para hacer temblar de rábía á los españoles; esa nacionalidad ha dado alimento durante muchos años á la hoguera.

La jóven estaba aterrada.

—La mayor parte de los reos son portugueses, ese es mi único temor con respecto á Treviño.

—Dios mio!---- Dios mio! exclamó la jóven.

—Sosegaos, señorita, yo me jacto de tener influencia con los señores inquisidores y la haré valer en todo lo que sea posible.

—Yo os lo suplico, dijo Rosalía arrojándose á los pies de don Blasco.

—Alzad, alzad, y oidme.

—Ya os escucho.